

José Gabriel LÓPEZ ANTUÑANO, *La Escena del siglo XXI*, Madrid, ADE, 2016, 464 pp. (Serie Debate, 22).

LOS PROFESIONALES DEL TEATRO ocupados con las formas y procesos de creación estamos de enhorabuena. La editorial de la Asociación de Directores de Escena de España (ADE), publicó el número 22 de su serie Debate con el título *La Escena del Siglo XXI*, posiblemente uno de los más significativos de esta serie hasta la fecha, escrito por José Gabriel López Antuñano. El voluminoso currículum y experiencia de López Antuñano, referente docente, ensayista y dramaturgista con más de un centenar de estudios, ensayos y artículos publicados, son un garante de esta publicación de cómoda lectura que comprende los que, a su parecer, son los más reseñables directores europeos del presente siglo hasta la fecha, con excepción de dos directores americanos con fuerte presencia en Europa. En la introducción aclara, por un lado, que la selección que hace la componen, en su opinión, «los directores de escena que por su capacidad, investigación y trabajo han realizado aportaciones al teatro los últimos años» (8) y, por otro, que las fuentes que utiliza para la redacción las encuentra en un interés personal basado en «recuerdos, notas, revisiones de algunos vídeos o fotografías y programas de mano o entrevistas» (8). Con este concepto y opinión, elabora una metodología de presentación que se apoya principalmente en la recopilación y filtrado del material descrito en cuya redacción, aclara, procura alejarse de toda suerte de subjetividad.

Cabría reseñar que el objetivo y finalidad del autor al presentarnos esta obra dice responder a una inquietud que nace en 1999 tras leer en la revista *Time* una relación de profesiones que, a tenor de lo descrito en el artículo, marcarían las tendencias del siglo por empezar. En dicha relación y referente al teatro, escogieron a Anatoli Vassiliev por su espíritu innovador en la escenificación e interpretación. Una variante de la pregunta formulada en aquella revista hace de catalizador para este trabajo: ¿qué directores de escena aportarían o influirían en la escena del siglo presente?

La obra se encuentra ordenada en seis capítulos y en cada capítulo de dos a cinco directores candidatos a pertenecer a la

clasificación del estilo correspondiente hasta un total de veinticuatro directores cuyo trabajo presenta, desgrana y comenta. Esta clasificación junto a la introducción de factura propia, glosario y bibliografía forman el presente volumen aderezado con fotografías de distintos montajes cuyo origen no se refleja. Dentro de cada estilo presenta el trabajo de los directores escogidos, cuyo contenido se compone de una breve presentación de sus espectáculos, reflexiones al respecto de la persona que hay detrás del artista y la toma de decisiones y convicciones para escoger los títulos que componen su carrera, así como el trabajo dramático sobre los mismos en donde proceda. Aquí y allí se permite el autor hacer reflexiones que no por ser personales carecen de la objetividad necesaria para completar la evaluación del trabajo del director de turno. De especial interés resultan los contenidos que introducen cada estilo: corresponden a seis pequeños ensayos introductorios que pone a disposición del lector predisponiéndolo a la lectura y comprensión del *modus operandi* de cada director.

Si bien en el corpus del libro encontramos veinticuatro directores con sus orígenes, presupuestos ideológicos y estéticos, así como alguno de sus trabajos comentado, pienso que lo más interesante se encuentra en la clasificación que López Antuñano hace para ubicar a cada uno de ellos. Los seis estilos comentados desde los que describe el trabajo de los protagonistas son: 1) Teatro de presencias reales (con fábulas y personajes); 2) Sensaciones, imágenes y símbolos; 3) Lenguajes e hipérboles (de)construidos; 4) Audiovisuales en la escena; 5) Mistura de lenguajes; y 6) Teatro sin actor. Tras la lectura del libro, se puede opinar sobre el acierto o no con la clasificación estilística y/o la incursión de alguno de los protagonistas en su correspondiente estilo y es posible que el lector pueda acusar encasillamientos de directores fundamentados en valoraciones subjetivas, riesgo que el autor corre voluntariamente en pos de puntos de partida, siempre válidos, que permitan libertad de juicio. Es en esta libertad en la que me atrevería a comentar que a la acertada relación de estilos presentada cabría incorporar un nuevo tratamiento al proceso de dirección escénica y, por tanto, aún en búsqueda de su identidad y que, sin ser específicamente un estilo, tiñe el

trabajo de determinados directores. Se trata del nacimiento de la corriente neurocientífica en la creación escénica bajo cuyos conceptos podríamos encontrar trabajos de directores como los de la comentada Katie Mitchell, pero también los de los ausentes Dan Jemmett o Mike Alfreds. No obstante, ya se encarga López Antuñano de indicar que el repertorio de directores cuyo trabajo comenta responde a un conocimiento subjetivo de ellos y, por tanto, de los que posee suficientes elementos para realizar el análisis presentado. Pienso que está acertadamente resuelto el arriesgado ejercicio de presentar el recorrido de un director ligado a una línea de continuidad coherente. En ocasiones, no habiéndola, podría caerse en la valoración subjetiva del que escribe, pero el autor solventa el escollo proponiendo una reflexión profunda en la que hilvana los puntos comunes de cada montaje del director de turno consiguiendo una presentación fluida en la que muestra «al hombre que hay detrás del artista, la toma de decisiones, las convicciones para escoger los títulos y el trabajo dramático sobre los mismos» (9).

El lector se encontrará ante uno de esos frecuentes ejercicios taxonómicos, que, en esta ocasión, presenta una perspectiva amplia y bien resuelta del ejercicio de los directores europeos que están construyendo la escena del siglo XXI.

MIGUEL RIBAGORDA